



Francisco Villáespasa.

LA HERMANA

En tierra lejana
Tengo yo una hermana.
Siempre en primavera
mi llegad a espera
tras de una ventana.

Y  a la golondrina,
que en sus rejas trina,
dice con dulzura:
— Por aquella espina
que arrancaste   Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!—
El ave su queja
lanza temerosa,

y, en la tarde rosa,
bajo el sol se aleja.

Desde su ventana,
mi p alida hermana,
pregunta al viajero
que camina triste:
— Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!—
Pero el pasajero
su Calvario sube,
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento.

Desde su ventana,
 a la luna grita
mi p alida hermana:
— Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qu  sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado!—
La luna, la vaga
llanura ilumina;
tr mula declina
y en el mar se apaga.

Acaso yo errante
pase, vacilante,
bajo tu ventana,
y, sin conocerme,
mi p alida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano:
—Dime, peregrino,
 has visto   mi hermano
por ese camino?

FRANCISCO VILLAESPEA.





Antiguo estudio del escultor Jesús F. Contreras, hoy del pintor Germán Gedovius.

UN TE

El 16. del pasado se verificó en el *atelier* que fué de Jesús F. Contreras, hoy ocupado por el pintor Germán Gedovius, una simpática fiesta en honor de Virginia Fábregas.

Los que han visitado ese estudio, que el talento y el exquisito gusto de Contreras convirtiera también en museo, comprenderán qué lugar tan propicio es para hacer florecer la centifolia rosa del ensueño y soltar las alas á la ideal golondrina de la quimera. Al pasar su dintel, parece que se opera un prodigio en el espíritu fatigado y sediento por el polvo del camino; los ojos como que se sienten purificados con

la contemplación de las maravillas que encierra, y el pensamiento, ennoblecido, se eleva á superiores regiones, bañándose en claros horizontes iluminados con luz elísea; Nuestra Señora de la Belleza tiene allí su basilica y hay momentos, como el que rememoramos, en que los iniciados, vestida el alma de blanco, comulgan con la divina substancia, en la suprema embriaguez de los ritos. . . .

Y las horas, en desfile de virgenes locas, huyeron brillantes y ligeras. El grupo de artistas allí reunido, siguió el consejo epicúreo del dístico leonino: «tejed en guirnaldas las rosas bellas y ceñidlas á



En el Estudio de Germán Gedovius.—Fot. de «El Tiempo Ilustrado.»



En el Estudio de Germán Gedovius. — Fot. de «El Tiempo Ilustrado.»

las horas que pasan». . . . y los rosales florecieron á la hora oportuna; y un perfume de decamerón flotaba en el aire nocturno, y el verso y la música, en doble ritmo, corría en ondas ardientes, haciendo más dulce la muerte de las violetas que agonizaban en los tibores, volviendo más rojas á las anémonas que temblaban como bocas de mujer.

Virginia, nuestra querida actriz, fué en ese rato y por derecho propio, la sacerdotiza de aquel templo; la poesía la envolvió esa noche como á una diosa en una tenue nube de incienso; y su gentileza y hermosura superba, fué mágicamente animadora. En oculta pero eficaz relación con lo que la rodeaba, nos descubrió nuevos aspectos, cosas no vistas antes, en los cuadros ó en las estatuas, casi les infundía una nueva vida, cuando pasaba como la heroína de Rugiero Flauma, alzada en el

broquel de nuestros entusiasmos líricos, con su bella figura principesca. Si, fué la sacerdotiza y la animadora. Por eso halló bajo sus pies las ofrendas que le llevaron los artistas; poetas y músicos escogieron para adornarla las más preciosas gemas de sus tesoros; menos tersas, sin embargo, que la perpetua sonrisa que esa noche brillaba en sus labios y cuyo esplendor avivó constantemente la cordialidad y la más franca alegría.

Como un grato recuerdo arrancado á tan gratas horas, publicamos diversas fotografías tomadas esa misma noche.

¡Ojalá que fiestas de esa naturaleza fueran menos escasas en nuestra vida social; cada día se hace más necesario el culto al salón, único acaso que puede cotrarrestar la malsana influencia del bar, ya inveterada en nuestro medio!



En el Estudio de Germán Gedovius. — Fot. de Clarke.



EL MOCHUELO

Bien hayas tú! Nada hay como tu olivo
 Donde moras tranquilo y solitario;
 El manto de la noche es tu sudario,
 Tu amor la sombra, noctivago altivo.

De la luz te refugias fugitivo
 En las grietas del viejo campanario
 Y tu canto tenaz y estrafalario
 Pánico infunde al leñador furtivo.

Eres indiferente á los festones
 De las rosas de Abril y á los cristales
 Con que la nieve borda tus plumones.

Filósofo crüel, te son iguales
 La charla insustancial de los gorriones
 Y el hambriento rugir de los chacales.

ANTONIO CARREÓN.



En el Estudio de Germán Gedovius.—Fot. de Clarke.